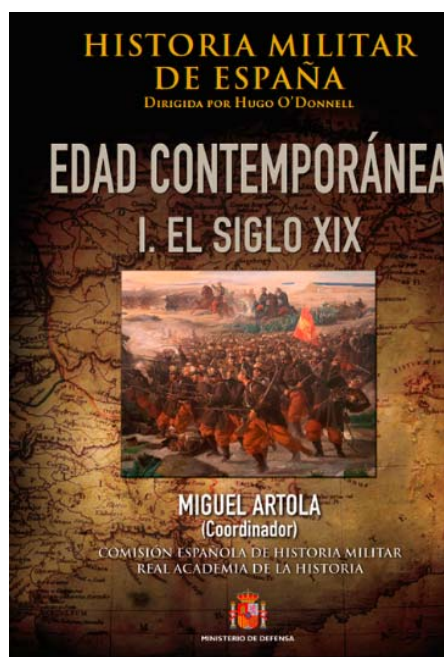


Miguel ARTOLA (coord.): *Historia militar de España. IV, Edad Contemporánea. I, El siglo XIX*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2015, 508 pp. (Bibliografía, índice analítico y láminas a color), ISBN: 978-84-9091-061-0.

David Alegre Lorenz
Universitat Autònoma de Barcelona

El ejército y la guerra en la España decimonónica.

Todo lo relacionado con el mundo militar ocupa un lugar central en la historia europea del siglo XIX, centuria tan convulsa y revolucionaria en cuanto a sus repercusiones como olvidada bajo la alargada y oscura sombra del aún más turbulento siglo XX. La razón por la cual los ejércitos ocupan esta posición de privilegio estriba fundamentalmente en su contribución decisiva a los procesos de construcción de los modernos estados-nación de los continentes atlánticos, que son los que a largo plazo acabaron por dar forma a las realidades nacionales en las que se reconocen buena parte de los ciudadanos europeos y americanos del siglo XXI. Este complejo proceso, que de ningún modo se caracterizó por su inevitabilidad y que, por supuesto, no constituye una línea recta casi nunca estuvo exento de agitaciones de distinto signo: conflictos políticos, sociales, económicos y culturales con razones, objetivos y caminos de lo más diverso; revoluciones y contrarrevoluciones con diferentes *tempos* y repercusiones en todo el continente; violencias cualitativa y cuantitativamente variadas, tanto por parte de los estados como por parte de todo tipo de actores sociales; y, por supuesto, guerras de diferente naturaleza e intensidad. Fruto de esta realidad, los ejércitos –y todo lo que rodearía a estos– acabaron por ocupar de forma inevitable un lugar de excepción en una parte muy sustancial de los acontecimientos fundamentales del siglo. Así pues, la idea de los cien años de paz que darían comienzo en la Viena de 1815 y serían sepultados por los cañones de agosto de 1914 parece más un producto de la confiada y autocomplaciente cultura de la burguesía de la época, poco interesada en observar y reconocer los múltiples oposiciones, traumas y fracturas provocados por la implacable imposición del estado moderno y el capitalismo. Lo que parece estar claro es que se ajusta poco a la realidad de lo que realmente fue el siglo XIX, y la obra colectiva reseñada aquí es una buena muestra de ello.



Sin duda alguna, los cambios y transformaciones que caracterizaron a dicha centuria en lo que respecta a Europa y América –y por extensión al resto del globo– afectaron a los modos de entender el mundo, la vida en comunidad, los equilibrios internacionales y, finalmente, la guerra y lo militar, hasta el punto de que están en el origen de todo lo que vendría después. Y aunque parezca una perogrullada nunca está de más subrayarlo, sobre todo porque muy a menudo no se hace suficiente hincapié en ello. Basta con ver que a lo largo de los años que median entre la Revolución francesa y la primera conflagración mundial la guerra adoptó un cariz mucho más intransigente y existencial, porque pasó a luchar por la construcción, imposición o reforzamiento de proyectos nacionales y sistemas políticos que invocaban para sí valores esenciales como la unidad, la libertad o la independencia. Y, como decía, todo ello dio lugar a nuevas dinámicas y realidades nunca antes vistas: una mayor capacidad de movilización de los recursos humanos y materiales en pos del triunfo en la guerra, siempre aparejada al perfeccionamiento del estado y sus mecanismos de control; la aparición paulatina de los rasgos propios de la guerra total; y, finalmente, la emergencia del mundo militar como un microcosmos en sí mismo que acabaría dando lugar al militarismo.

Desde luego, el caso de España no constituye una excepción en ninguno de estos aspectos. Tanto es así que resulta hartamente difícil concebir cualquier investigación o aproximación al periodo en cuestión que no reconozca la omnipresencia e importancia fundamental del ejército en los acontecimientos decisivos de dicho periodo, así como las múltiples ligazones que trabó con la sociedad española de la época a consecuencia de su papel central. Y, precisamente, el valor del trabajo reseñado radica en su capacidad para mostrar y explicar de forma coherente y casi siempre equilibrada la importancia de lo castrense y de la guerra en la historia española del siglo XIX. En este sentido, no menos importante es su compromiso historiográfico con la necesidad de ir más allá de las visiones simplistas que, salvo muy honrosas excepciones, han predominado durante años en lo referente al lugar del ejército en la España de la época. Así pues, los autores y coordinadores de la obra apuestan por adoptar una mirada complejizadora capaz de descubrir con mayor claridad las múltiples y variadas facetas de todo lo militar en la España decimonónica, así como sus profundas implicaciones a todos los niveles. De este modo, todos ellos analizan y exponen una serie de procesos de largo alcance con múltiples prismas, como serían la composición y organización del ejército nacional, las limitaciones económicas e institucionales a las que tuvo que hacer frente, las particularidades de los diversos conflictos en los que se vio envuelto o, también, sus complejas relaciones con la sociedad y la política de la época. Precisamente este es uno de los puntos fuertes de la obra: su capacidad para lidiar con coyunturas y problemas de lo más diverso, señalando las continuidades y mutaciones de la institución militar, y a menudo con un ojo puesto en el panorama internacional, aunque sea de forma un tanto tangencial.

Entre otras cosas, si algo queda claro es que las múltiples guerras en las que se vio envuelto el país a lo largo de este periodo llevaron al cruce de y sinergia entre los más diversos caminos y experiencias individuales y colectivas. De este modo, tuvieron lugar transforma-

ciones indelebles en la sociedad de la época, tanto en el espacio peninsular como en los diversos escenarios internacionales o de ultramar donde intervino el ejército español. Todo el conjunto de estados de excepción asociados a los diferentes conflictos –abiertos por primera vez con la guerra de la Independencia y reabiertos por las guerras carlistas y las diferentes intervenciones exteriores– acabarían dando paso a nuevos protagonistas y proyectos políticos, inconcebibles hasta entonces. De ahí también que varios autores hagan especial hincapié en lo que ya es un objeto de estudio clásico de la historia militar dedicada al estudio de los conflictos de masas y las guerras totales: la desmovilización de los contingentes llamados a filas en contextos de enorme penuria, como son los de posguerra. A menudo, este problemático proceso pone de manifiesto las tremendas deudas económicas y políticas contraídas en las diferentes guerras y los peajes pagados a causa de éstas, marcando de forma indeleble la historia española del siglo XIX, así como también la propia naturaleza del ejército construido a lo largo de aquellas décadas. Por un lado, tras la conclusión de cada uno de los conflictos había que dar beneficios y privilegios a quienes habían combatido en favor de la causa victoriosa; por el otro ofrecer garantías a los vencidos en las guerras civiles y conflictos internos que asolaron el país; y, finalmente, no menos importante, había que ofrecer soluciones para los desmovilizados en situaciones por lo general desastrosas. Fruto de los desajustes generados por los enfrentamientos aparecería un grave y decisivo problema: lidiar con la macrocefalia o el exceso de oficiales que afectaría al ejército a causa precisamente de las múltiples guerras en las que hubo de intervenir a lo largo del siglo XIX, una cuestión a la que ningún gobierno o sistema pudo dar respuestas satisfactorias. Todo ello, unido a su endémica situación de penuria material, que generó una sensación de frustración y agravio entre los militares, acabaría alimentando una identidad y un *modus operandi* corporativos que marcarían los vaivenes de la política a lo largo de la centuria y, por supuesto, más allá de ésta.

Por todo lo dicho, podría decirse que uno de los cambios de mayor entidad tuvo lugar en el ámbito de las mentalidades, con un ejército que se convirtió en garante del correcto funcionamiento del estado y el bienestar social, y que se concibió a sí mismo como tal, todo ello desde una pretendida posición de superioridad moral que le llevaría a erigirse en intérprete de la realidad político-social de cada momento. Desde luego, no se trata de un fenómeno extraño si atendemos a otros casos del entorno y, sobre todo, si observamos lo que ocurría por entonces en la América Latina. Esta tendencia de largo alcance culminará en el periodo del Sexenio Democrático y se agudizará durante la Restauración, siendo fundamental en este proceso el paulatino ascenso de unas masas que, obligadas a pagar un altísimo tributo en sangre en los conflictos de finales de siglo, dieron lugar a algunos de los primeros y más sonados discursos contestatarios frente a la guerra y el ejército. Así pues, lo que queda patente son las dificultades tremendas que hubieron de enfrentarse para llevar a cabo la necesaria racionalización y modernización de dicho ejército de acuerdo con los estándares europeos de la época, fundamentalmente por los múltiples intereses de todo tipo que confluían en el mantenimiento de la situación imperante en el seno de dicha institución. Las guerras coloniales del periodo 1895-

1898 no harían sino poner de manifiesto sus tremendas deficiencias. Durante aquellos convulsos años tuvo lugar un cruce de acusaciones entre el ámbito de la política y el militar, del cual los hombres de armas salieron reforzados en su sentimiento de agravio y en su percepción de que el desastre podría haberse evitado de no haber tenido que lidiar con los ineficientes mecanismos de la política.

De cualquier forma, si algo se echa en falta en la obra es precisamente la ausencia de lo que podría ser un primer capítulo que ofreciera un marco comparado y transnacional a nivel europeo y transatlántico que abarcara toda la centuria. Digo esto teniendo en cuenta que uno de los propósitos fundamentales del trabajo es arrumbar algunos de los lugares comunes en torno al papel del ejército en la historia española del siglo XIX, siendo el más importante de ellos su aparente condición de agente desestabilizador de la normalidad social e institucional. Las miradas más allá del Pirineo y del Atlántico han ayudado a descartar en múltiples ocasiones algunas de las supuestas singularidades de la historia española, y en este caso habrían contribuido a una mejor contextualización y comprensión de los diferentes fenómenos, problemas y acontecimientos abordados posteriormente por los autores. Cuando los propios autores se sienten impelidos a optar por perspectivas comparadas, como ocurre de forma muy significativa en el caso del capítulo de Francisco Comín, los resultados saltan a la vista en el valor de las conclusiones obtenidas. Más allá de eso, quizás podría reprocharse el modo en que algunos autores describen –y viven– los acontecimientos, tal y como si tomaran parte en estos y dando una visión esencialista de la historia de España, como si el país de entonces se correspondiera exactamente con el de hoy o como si su recorrido histórico fuera un *continuum*. Igualmente, determinados pasajes y capítulos de la obra son excesivamente descriptivos, dejando a veces un poco de lado la interpretación y redundando –en ocasiones sin demasiada originalidad– en cuestiones y hechos que ya han sido tratados en no pocos trabajos previos. Naturalmente esto se pueda justificar por el hecho de que es la primera obra que trata de forma omnicomprendiva la historia militar española del siglo XIX, a lo cual se suma el hecho de que toda obra colectiva cuenta con la virtud de sumar diversas voces a un mismo esfuerzo y la desventaja de que las diferentes aportaciones podrán ser desiguales entre sí. Desde mi punto de vista este carácter descriptivo –en ocasiones afán positivista– es lo que hace que estemos ante un manual de consulta más que ante una obra de referencia, que evidentemente lo será, pero sólo hasta que alguien se plantee ir más lejos. En cualquier caso, es un fantástico comienzo que, además, tiene la virtud de llamarnos la atención sobre algunos vacíos historiográficos y, por tanto, también sobre la necesidad de renovar nuestro interés por algunos de los aspectos abordados y otros que quizás no han tenido cabida aquí por los límites propios e inevitables de un trabajo de esta naturaleza. Desde luego, no hay ninguna duda de que los lectores encontrarán sumamente interesantes los contenidos de este volumen, más aún porque los autores no han renunciado a la amenidad y el buen gusto en la prosa a pesar del carácter científico de sus conclusiones.